

CRUSAFONT, M., B. MELÉNDEZ y E. AGUIRRE. *La Evolución*. 1014 pp.,
Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, España, 1966.

La obra trata un tema acusadamente polémico por las profundas implicaciones de orden filosófico que lleva consigo: la Evolución. Abarca desde la cosmogénesis hasta las pruebas paleontológi-

cas que atestiguan la evolución humana, partiendo del principio de que la evolución es un hecho de vigencia absoluta.

En la Introducción los editores asientan que "Hoy, pues, la Evolución como hecho dejó de ser una hipótesis, una teoría o incluso una simple doctrina. Es simple y rotundamente eso: un hecho. Otra cosa será tener una certeza acerca de los mecanismos íntimos de la Evolución..." (pp. xi-xii) y es precisamente en el porqué de ella donde divergen tan profundamente las interpretaciones dadas a este complejo de fenómenos.

Se reúnen un total de 29 artículos ligados entre sí, provenientes de la pluma de 24 especialistas, tanto hombres de ciencia como teólogos, de origen español.

En el primer ensayo, "Problemática de la evolución en las ciencias positivas", Crusafont Pairó presenta una visión general de lo que es la evolución biológica. En un segundo ensayo, "Problemática de la Evolución fuera de las Ciencias Naturales", E. Aguirre presenta el panorama interpretativo filosófico y teológico que se ha de seguir sobre todo en los artículos finales de la obra.

Después de esta panorámica general se expone ya más detalladamente "El desarrollo histórico de las ideas evolucionistas", por J. Templado, siguiendo la trayectoria de las mismas desde la antigüedad hasta el neodarwinismo, el neolamarquismo y la ortogénesis. En seguida se trata de modo objetivo y a la altura de los más recientes descubrimientos, los hechos que atestiguan la evolución dentro de su marco cronológico respectivo. Los temas estudiados son: "Origen y Evolución del Universo", por J. Baltá Elías; "Geocronología absoluta y relativa" por A. Almela; "Origen de la vida", por V. Villar Palasí; "Las formas inferiores de vida", por R. Margalef; "Evolución y Paleontología", por B. Meléndez; "Evolución del mundo invertebrado", por E. Gadea y "Diferenciación histórica de los vertebrados", por Crusafont Pairó.

En un segundo conjunto de estudios objetivos se presentan los factores de los cuales se sabe que deben haber intervenido en la producción de los cambios que implica una evolución. A este respecto se tiene: "Mecanismos genéticos de la evolución", por A. Prevosti; "El problema de la adaptación", por S. Alvarado; "Parámetros numéricos en la evolución orgánica", por J. Truyols Santonja; preparándose así al lector para la comprensión dinámica de lo que es la especie biológica, tanto en sentido geográfico como clasificatorio, expuesto en los siguientes dos estudios intitulados "Biogeografía y evolución", por F. Bernis y "La especie biológica y la jerarquía taxonómica", por R. Alvarado.

Ya sobre esta base amplia de conceptos biológicos se entra de lleno en uno de los temas más discutidos hasta hace relativamente poco tiempo, es decir, la posición que el hombre ocupa dentro de

este cuadro evolutivo general. En su "Dinámica biológica de la antropogénesis", Crusafont Pairó deja asentado que hay un origen común entre póngidos y homínidos, que la separación entre las líneas filéticas póngida (existente desde el oligoceno, hace 35 millones de años) y homínida se verificó no más tarde que en el mioceno y que hay una evolución predestinada de la humanidad, ya que frente a la divergencia en varios géneros y especies entre los póngidos, el hombre actual constituye una sola especie dentro de un solo género y una única familia, que "al hablar de los hitos de la Antropogénesis, no nos detendremos antes del umbral de la Humanidad, sino que muchas veces lo rebasaremos, dado que, desde el punto de vista fenomenológico, el tránsito de la animalidad prehumana a la Humanidad será completamente insensible y no aprensible por métodos científicos" (p. 486).

Más adelante, el autor nos define más claramente aún la tendencia central del libro: "la gran pregunta, sin embargo, aquella que nos formula la Humanidad entera deseosa de superar los conceptos materialistas del mundo, es la que se refiere a las relaciones de estructura y de interdependencia entre el cuerpo y el alma. ¿Cómo explicar el alma? Esta pregunta exige una respuesta que escasamente puede dar o aun ni tan sólo insinuar el científico, como no sea saliéndose del marco "positivista" de las Ciencias que cultiva. El lector encontrará su respuesta en otro lugar de este libro, aun cuando nosotros... hemos esbozado un camino de superación de la Física hacia una Hiperfísica, como quería Teilhard, o hacia una visión intuitiva — y no por ello menos "racional"— del porvenir del Hombre y de su fin" (p. 514).

Fiel a este enunciado y dentro del marco "positivista" de las ciencias, E. Aguirre presenta en la "Documentación fósil de la evolución humana" los hallazgos, su cronología y principales características de los restos fósiles atribuidos a los dos géneros de la subfamilia *Homininae*, el *Australopithecus*, con dos especies extinguidas, y el *Homo* con tres especies, *habilis*, *erectus*, y *sapiens*.

Bajo el título "Aspectos ecológicos de la antropogénesis", J. A. Valverde discute la evolución humana en relación con alimentación, locomoción y habitación.

Basándose en primer término en los testimonios proporcionados por los hallazgos arqueológicos prehistóricos, E. Aguirre señala en "Las primeras huellas de lo humano" la iniciación del desarrollo de las manifestaciones culturales, no limitándose sólo a los aspectos materiales, tales como la fabricación de implementos, el uso del fuego, etcétera, sino extendiéndose también a otros aspectos tales como: organización familiar y social, inteligencia, lenguaje, religión, magia y arte. Como conclusión el autor nos dice: "Parece pues, que la ponderación comparativa de los datos experimentales

conduce a la idea de que una diferencia esencial entre el hombre y los Primates no-humanos no reside en una estructura biológica determinada, ni en una actividad o dominio de conducta, sino en una manera o nivel nuevo que se alcanza prácticamente en todos ellos de una vez...; que se expresa mejor en términos psicológicos, puesto que se manifiesta mejor en la introspección, por la realización en el mundo perceptual y laboral de una versión del mismo..." (p. 668). Se considera como "Hombre" no sólo al *Homo sapiens*, sino también al *Homo erectus* y posiblemente también al *Homo habilis*.

En "El hombre como especie politípica y polimórfica", J. Comas, después de definir el género *Homo* y las especies comprendidas en él, deja asentado el hecho de que el consenso general entre zoólogo, genetistas y antropólogos es en el sentido de que la humanidad actual está constituida por una sola especie politípica (*Homo sapiens sapiens*), cuyas variaciones subespecíficas han sido llamadas "Razas", entendiéndose bajo este término "poblaciones variables, entidades dinámicas sujetas a cambios evolutivos" (p. 683). Sin salirse del campo objetivo de las ciencias naturales, Comas considera que el origen de las razas "se debe, en primer término, a las mismas causas que en las restantes especies zoológicas, es decir, a mutación, selección natural, deriva genética, flujo génico ("gene flow"), aislamiento e hibridación. Pero, además, en esta evolución influye otro factor de primordial importancia: la acción de la cultura. Los complejos sistemas socio-culturales, característicos del *H. sapiens*, desempeñan un papel esencial en ese campo, como ha mostrado la genética al descubrir la interrelación existente entre cultura y biología" (p. 688). Después de citar algunos ejemplos de la taxonomía racial, el autor termina condenando al racismo y afirmando que las diferencias biológicas existentes no implican "superioridad" de un grupo con respecto a otro, considerado "inferior".

A continuación J. Pons Rosell analiza en "Los mecanismos genéticos en el hombre" el modo de actuar de las causas arriba citadas para explicar la evolución de poblaciones humanas que divergen entre sí.

En lo reseñado hasta aquí hay, salvo pequeñas partes, una gran objetividad en lo que se refiere a los hechos que comprueban la evolución y las causas que se han aducido para explicar la manera como ésta se verifica. No se puede afirmar lo mismo en lo que se refiere al resto de la obra. Cuando se asienta que "puede enunciarse como ley que a toda gran renovación o a todo descubrimiento fundamental en biología sucede una revolución o un renacimiento de la filosofía e incluso la teología" (p. 55), se prepara la mente del lector para esta serie de concordancias que se quieren establecer entre los hechos reales de la evolución y una serie de

factores cuya apreciación se basa en intuiciones subjetivas. Dentro de esta categoría colocaríamos los trabajos encabezados "Psiquismo y conducta humana", por J. M. Aragó Mitjás; "Ser y evolución", por C. Paris; "La biblia y la evolución", por L. Arnaldich; "Los datos bíblicos y el número de los primeros progenitores", por G. Camps; "La creencia cristiana y la evolución", por L. M. Armendáriz; "Teilhard de Chardin: evolución y cristianismo", por E. Colomer; "El futuro del hombre", por J. Rof Carballo; y "Ciencia y síntesis", por M. Crusafont Pairó.

Todos ellos son el resultado del hecho de que "La religión, por su parte, si continúa interesada por el hombre y quiere seguir hablándole de sí mismo y de su mundo, no puede permanecer insensible ante esas nuevas perspectivas que tan hondamente los modifican. Es, por tanto, un interés común, por la misma realidad humano-mundana, al que ante el fenómeno de la evolución aproxima entre sí ciencia y fe" (p. 827).

"En términos del lenguaje teológico, diríamos que mientras los hombres de ciencia prosiguen honradamente sus investigaciones por sus propios métodos, sin dar por cierto aquello que todavía no lo es y sin oponerlo a la verdad revelada, los teólogos deben abstenerse de dictaminar sobre aquello que pertenece propiamente a la ciencia, y antes de rechazar una hipótesis seriamente fundada en la observación científica, examinar si no conviene extender un poco más, al dominio de la historia de la salvación, la teología llamada negativa o apofática" (p. 825). Estas palabras, expresan de modo claro el porqué de esta obra "revolucionaria".

JOHANNA FAULHABER